

MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO,
CARLOS GARCÍA MAC GAW y RICHARD PAYNE (comps.)

DESIGUALDADES ANTIGUAS

Economía, cultura y sociedad
en el Oriente Medio y el Mediterráneo



PEFSCEA

MAÑO y DÁVILA
EDITORES

PROGRAMA



Consejo de dirección:

MARCELO CAMPAGNO (Universidad de Buenos Aires-CONICET);
JULIÁN GALLEGO (Universidad de Buenos Aires-CONICET);
CARLOS GARCÍA MAC GAW (Universidad Nacional de La Plata-Universidad de Buenos Aires).

Comité asesor externo:

JEAN ANDREAU (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París);
JOSEP CERVELLÓ AUTUORI (Universidad Autónoma de Barcelona, España);
CÉSAR FORNIS (Universidad de Sevilla, España);
ANTONIO GONZALÈS (Université de Franche-Comté, Francia);
ANA IRIARTE (Universidad del País Vasco, España);
PEDRO LÓPEZ BARJA (Universidad de Santiago de Compostela, España);
ANTONIO LOPRIENO (Universidad de Basilea, Suiza);
FRANCISCO MARSHALL (Universidade Federal de Rio Grande do Sul, Brasil);
DOMINGO PLÁCIDO (Universidad Complutense de Madrid, España).

Colección



ESTUDIOS DEL MEDITERRÁNEO ANTIGUO

Edición: Primera. Abril 2023
Lugar de edición: Barcelona / Buenos Aires
ISBN: 978-84-18929-95-3
Depósito legal: M-1103-2023

Código Thema: NHC (Ancient history)
NHD (European history)
NHTB (Social and cultural history)

Código Bisac: ART015060 (History / Ancient & Classical)
HIS002010 (Ancient / Greece)

Código WGS: 113 (Belles-lettres / Historical novels and stories)
522 (Humanities, art, music / Antiquity)

Diseño gráfico general: Gerardo Miño
Armado y composición: Eduardo Rosende

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2023, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

MIÑO y DÁVILA
♦ E D I T O R E S ♦

E-mail: info@minoydavila.com
web: www.minoydavila.com
redes sociales: @MyDeditores, www.facebook.com/MinoyDavila

MARCELO CAMPAGNO, JULIÁN GALLEGO,
CARLOS GARCÍA MAC GAW y RICHARD PAYNE (comps.)

DESIGUALDADES ANTIGUAS
Economía, cultura y sociedad
en el Oriente Medio y el Mediterráneo



MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦

Estudios del Mediterráneo Antiguo / PEFSCEA N° 28

ÍNDICE

Prefacio	11
<i>Marcelo Campagno y Carlos García Mac Gaw</i>	
Una introducción a las desigualdades antiguas.....	15
<i>Julián Gallego y Richard Payne</i>	

— PARTE I —

La desigualdad y la conformación de las élites: de las prácticas a las representaciones

Construyendo la desigualdad. Lógicas sociales y constitución de una élite dominante en el valle del Nilo (IV-III milenios a.C.)	39
<i>Marcelo Campagno</i>	
(Des)igualdades atenienses. La democracia y los límites a la dominación de la élite	59
<i>Diego Paiaro y Mariano Requena</i>	
Dando forma al noble sabio. Modos ciceronianos de crear desigualdades religiosas y filosóficas	83
<i>Claudia Beltrão</i>	
Acumulación de capital, redes de suministro y la composición del senado romano, 14-235 d.C.....	105
<i>John Weisweiler</i>	

— PARTE II —

**La desigualdad y los estatus (dependientes):
de las aproximaciones legales a las económicas**

Desigualdad y justicia. Colecciones de leyes y litigios
del período paleobabilónico 153

Andrea Seri

Demografía, arqueología y economía en la historiografía
de la esclavitud romana 173

Carlos Garcia Mac Gaw

¿Honor entre esclavos? La desigualdad frente a la ley
en el Imperio Romano 193

Nicole Julia Giannella

Estatus y desigualdad en el reino visigodo.
Algunas observaciones sobre esclavitud, economía
y reputación social 215

Damián Fernández

— PARTE III —

**La desigualdad, del Oriente al Mediterráneo:
en busca de modelos**

“Todos los reyes de la Arabia”. La emergencia de
sociedades complejas en el norte de Arabia y el Levante
árido en el primer milenio a.C. 235

Juan Manuel Tebes

Selectivamente orientalizante. Colonización fenicia y
oportunidad económica en el Mediterráneo arcaico 259

Carolina López-Ruiz

Igualaciones democráticas, disparidades imperiales. Atenas y sus colonias egeas durante el siglo V a.C.....	281
--	-----

Julián Gallego

Desigualdad y explotación económica en el Oriente romano. Los casos de P. Vedio Polio y de un protegido de la reina Cleopatra.....	305
--	-----

Alain Bresson

Construcción de estatus, acumulación de oportunidades y desigualdad material en la Roma antigua. La mirada desde la sociología	323
---	-----

Walter Scheidel

— PARTE IV —

La desigualdad y el suministro de bienes: autoridad política y conflictos

La desigualdad en la alimentación y la clasificación de personas en Persépolis	341
--	-----

Rhyné King

Comunidad de bienes en Jerusalén. ¿Idilio o artificio apologético? (<i>Hechos</i> , 1-5).....	359
--	-----

Mariano Splendido

Desigualdad y protesta popular en la Antigüedad tardía. El caso de los motines del hambre en la Antioquía del siglo IV	381
---	-----

Julio Cesar Magalhães de Oliveira

Economía moral y hambre en el Imperio Carolingio (765-806).....	391
---	-----

Marcelo Cândido da Silva

PRÓLOGO

Marcelo Campagno - Carlos García Mac Gaw

El problema de la desigualdad social en este mundo globalizado es –qué duda cabe– uno de los más injustos efectos del régimen socioeconómico dominante. No es casual, por ello, que las ciencias humanas y sociales hayan profundizado en los últimos tiempos, y con mayor intensidad *a posteriori* de la crisis económico-financiera de 2008, sus análisis sobre las cuestiones que se articulan respecto de ese dramático problema. En los años recientes, uno de los focos principales de interés ha sido el de la relación entre el poder político y el económico. Una serie de estudios ha enfatizado la dinámica económica de la creciente desigualdad (por ejemplo, T. Piketty, *Le capital au XXI^e siècle*, 2013) y las consecuencias políticas de la concentración de riqueza (G.A. Winters, *Oligarchy*, 2011; M. Gilens & B. Page, “Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens”, *Perspectives on Politics*, 2014). Por otra parte, la sociología y los estudios culturales han señalado las estrategias de las élites económicas para desarrollar discursos que dan cuenta de su posición sin recurrir a condicionamientos estructurales (R. Sherman, *Uneasy Street: The Anxieties of Affluence*, 2017), o la creación de una identidad de clase a través del consumo “invisible” (E. Currid-Halkett, *The Sum of Small Things: A Theory of the Aspirational Class*, 2017).

La preocupación por estas temáticas ha espoleado también el interés de disciplinas tales como la historia y la arqueología, con el fin de pensar tanto los modos en que se han configurado sociedades fuertemente desiguales en el pasado como las eventuales proyecciones de estas hacia el mundo contemporáneo. Ejemplos

de este tipo de aproximaciones, con independencia de sus resultados, son las obras de K. Flannery y J. Marcus (*The Creation of Inequality: How our Prehistoric Ancestors Set the Stage for Monarchy, Slavery, and Empire*, 2012), o la más reciente obra de W. Scheidel (*The Great Leveller: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, 2017). El Programa de Estudios sobre las Formas de Sociedad y las Configuraciones Estatales de la Antigüedad (PEFSCEA) de la Universidad de Buenos Aires ciertamente comparte este tipo de preocupaciones. De hecho, el V Coloquio del PEFSCA, celebrado en 2015, llevaba por título *¿Capital antes del capitalismo? Riqueza, desigualdad y Estado en el mundo antiguo*, en aras de entablar una discusión acerca de la desigual distribución de la riqueza en el mundo antiguo¹.

En este marco, los capítulos presentados en este libro son el resultado de las exposiciones, así como de las intensas jornadas de discusión, desarrolladas durante el VII Coloquio Internacional del PEFSCA, bajo el nombre de *Desigualdades antiguas: economía, cultura y sociedad en el Oriente Medio y el Mediterráneo*, celebrado en Buenos Aires los días 27, 28 y 29 de marzo de 2019. El objetivo de la reunión académica fue el de reconsiderar la cuestión de la desigualdad en el mundo antiguo a través de la exploración de las relaciones entre el poder económico, por un lado, y la identidad política y cultural de las élites, por el otro. Estas áreas han sido estudiadas extensamente en el pasado; pero sigue existiendo una brecha analítica entre las dimensiones económicas y no económi-

1 Todas las ediciones de los Coloquios del PEFSCA se han visto reflejadas en respectivas publicaciones. Los volúmenes anteriores son: M. Campagno, J. Gallego y C.G. García Mac Gaw (eds.), *Política y religión en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2009 (I Coloquio PEFSCA); M. Campagno, J. Gallego y C.G. García Mac Gaw (eds.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2011 (II Coloquio PEFSCA); M. Campagno, J. Gallego y C.G. García Mac Gaw (eds.), *Rapports de subordination personnelle et pouvoir politique dans la Méditerranée Antique et au-delà*, Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comté, 2013 (III Coloquio PEFSCA-XXXIV Colloque GIREA); M. Campagno, J. Gallego y C.G. García Mac Gaw (eds.), *Regímenes políticos en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2016 (IV Coloquio PEFSCA); M. Campagno, J. Gallego y C.G. García Mac Gaw (eds.), *Capital, deuda y desigualdad. Distribuciones de la riqueza en el Mediterráneo Antiguo*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2017 (V Coloquio PEFSCA); H. Beck, J. Gallego, C.G. García Mac Gaw y F. Pina Polo (eds.), *Encuentro con las élites del Mediterráneo Antiguo. Liderazgo, estilos de vida, legitimidad*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2021 (VI Coloquio PEFSCA).

cas de la identidad de las élites antiguas. Esta brecha puede ser considerada como resultante, en buena medida, de los modelos heredados proporcionados por las tradiciones académicas marxistas y weberianas: mientras que la primera otorga prioridad al análisis económico, la segunda a la indagación social. Hemos querido estudiar, entonces, las conexiones entre los cimientos económicos del dominio de las élites y las identidades culturales que marcaron las fronteras sociales en diferentes sociedades antiguas.

La organización de este VII Coloquio fue el resultado de un trabajo colaborativo entre el PEFSCA y la Chicago Initiative for Global Late Antiquity (University of Chicago). La reunión se llevó a cabo en el Museo Histórico Nacional del Cabildo y la Revolución de Mayo y en el Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Queremos agradecer a los por entonces directores de ambas instituciones, Gustavo Álvarez y Ricardo Manetti, así como al personal de las dos sedes, por habernos facilitado el uso de sus instalaciones durante el desarrollo del coloquio.

Por otra parte, The University of Chicago's Latin American Initiative proveyó una subvención económica que permitió hacer frente a parte sustancial de los costos de organización. Asimismo, hemos contado con el apoyo financiero del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (Agencia I+D+i) de la República Argentina, así como de la Northern Illinois University. El Global Challenges Research Fund del gobierno del Reino Unido y la Universidad de Cambridge ha financiado el costo de la traducción al castellano de algunos de los capítulos de este libro. Los organizadores del coloquio *Desigualdades antiguas* agradecemos sinceramente a todas estas instituciones, sin cuyo apoyo no podría haber sido realizado.

Finalmente, es justo agradecer al gran equipo de colaboradores del PEFSCA –en esta oportunidad, Sergio Amor, Sergio Barriónuevo, Marcos Cabobianco, Ezequiel Cismondi, María Belén Daizo, Augusto Gayubas, Pablo Jaruf, Sebastián Maydana, Alejandro Mizzoni, Marcelo Perelman, Fernando Piantanida, Agustín Saade, Pablo Sarachu, Marianela Spicoli–, que, como siempre, son una pieza central para que este tipo de eventos se pueda concretar.

UNA INTRODUCCIÓN A LAS DESIGUALDADES ANTIGUAS

Julián Gallego¹ - Richard Payne²

D*esigualdades antiguas* explora las intersecciones entre las formas culturales, sociales y económicas de la desigualdad en las sociedades preindustriales, en el Mediterráneo y el Medio Oriente, desde la Edad del Bronce hasta la Antigüedad tardía. Lo hace en diálogo no solo con sociedades preindustriales cronológica y geográficamente distantes, sino también con las disciplinas de la sociología, la economía y la ciencia política. Los colaboradores toman como punto de partida el impulso de la literatura sofisticada sobre las desigualdades antiguas y modernas de las últimas décadas, indagando qué preguntas útiles de esta literatura comparativa pueden plantearse a la evidencia antigua disponible. Se centra especialmente en el problema de la relación entre cultura y economía, es decir, cómo las ideas, los imaginarios y las identidades configuran los regímenes de desigualdad así como sus respectivas bases económicas. Si el término “desigualdad” evoca principalmente diferencias en la acumulación y asignación de recursos, tales disparidades nunca fueron puramente económicas. Las sociedades y sus diversos agrupamientos articularon sus desigualdades a través del discurso y las representaciones, así como a través de las instituciones políticas. Diferentes comunidades emplearon diferentes términos para justificar, preservar y reproducir sus desigualdades. También las impugnaron, criticaron y contuvieron. Todas las contribuciones de este volumen abordan, de diversas maneras, esta interacción dinámica entre

1 PEFSCA/Universidad de Buenos Aires-CONICET.

2 University of Chicago.

la cultura y la economía en el mundo antiguo; sobre la base de diversas formas de evidencia de diferentes regiones y períodos, todas ilustran el cambio constante en el corazón de regímenes de desigualdad aparentemente estables, a medida que las comunidades respondían a sus disparidades con sus respectivos recursos simbólicos. Las antiguas desigualdades nunca fueron estáticas; siempre estuvieron en proceso de cambio.

Sin embargo, con frecuencia muchos relatos de las desigualdades antiguas comienzan con la perogrullada de que las economías premodernas fueron estables, si no estáticas. En el que indiscutiblemente es el relato transhistórico sobre la desigualdad más influyente de los últimos años, *Le capital au XXI^e siècle*, Thomas Piketty (2013) presenta los regímenes agrarios premodernos con unos contornos notablemente consistentes desde el punto de vista financiero y social a lo largo de los siglos: clases rentistas terratenientes que extraen el mínimo excedente disponible a partir casi exclusivamente de la producción agrícola, con una tasa de rendimiento de alrededor del 5% sobre su capital o, mejor dicho, el capital de sus a menudo muy lejanos antepasados. La cuenta no carece de perspicacia. Los bajos niveles de crecimiento demográfico y económico entrelazados generaron jerarquías sociales marcadamente estables en comparación con las de las economías políticas capitalistas modernas. Tradicionalmente, los historiadores de la economía premoderna han privilegiado las perturbaciones extraeconómicas en la fractura de las clases rentistas agrarias: guerras y plagas (Scheidel, 2018). Esto puede minimizar indebidamente el papel de los paroxismos del comercio en la generación de nuevas fuentes de riqueza y nuevos grupos sociales, como, por ejemplo, el surgimiento de los comerciantes como clase económicamente dominante en el mundo islámico temprano y el correspondiente aumento real de los salarios de los trabajadores (Bessard, 2020). Pero los antiguos regímenes de desigualdad enfrentaron poca presión procedente de nuevas fuentes de productividad o creación de riqueza, por lo que sus principales desafíos provenían de agrupamientos que podían ser dominados fácilmente en la mayoría de las circunstancias: desde abajo, desde la población trabajadora subordinada. Los trabajadores premodernos, ya fueran libres, esclavos o dependientes, resistieron continuamente su explotación, no pocas veces con

violencia, pero solo excepcionalmente con éxito³. En este contexto, se puede perdonar a los historiadores del mundo antiguo por no hacer de las desigualdades uno de los ejes principales de sus historias culturales, sociales, políticas y económicas. Si el cambio es la preocupación del historiador, la aparente estabilidad de las antiguas desigualdades las hace bastante menos atractivas como categorías de análisis.

No obstante, la estabilidad de estos regímenes fue solo aparente y, en numerosos casos, fue incluso un instrumento para preservar las desigualdades que beneficiaban a una clase económicamente dominante. Tan pronto como empezamos a analizar a las élites económicas dirigentes en cualquier sociedad premoderna, hallamos innumerables variaciones en su organización social y política y una amplia gama de desigualdades. Algunas sociedades permitieron que grandes segmentos de la población disfrutaran de una parte significativa del excedente; otras no. Quizás lo más sorprendente es el fracaso de las élites para reproducirse a través de las generaciones, que contrasta con los estereotipos de que las aristocracias terratenientes premodernas practicaron alguna forma transhistórica de primogenitura. Es bien sabido que Keith Hopkins (1965) destacó las circunstancias demográficas que hicieron que el éxito de los senadores romanos para transferir sus cargos a la próxima generación fuera un desafío, a veces incluso una excepción, más que algo inevitable. Tal era el caso en todo el mundo premoderno, ya que las condiciones poblacionales eran notablemente similares no solo entre las diferentes sociedades, sino también entre las distintas jerarquías sociales⁴. En otras palabras, incluso si las economías agrarias premodernas fueron tan estables como parecen, las circunstancias demográficas exigieron desarrollos institucionales para facilitar la transmisión intergeneracional de riqueza y poder. Pero los rasgos casi universales de las economías agrarias y los regímenes poblacionales premodernos no fueron las únicas variables. Conforme a lo que se argumenta en este volumen, lo que describimos como “cultura”, incluida la cultura política, fue mucho más importante para dar forma a las

3 Friedman (1993) explora la dinámica de una rara excepción.

4 Incluso las élites económicas modernas tienen mucho menos éxito en la transmisión intergeneracional de riqueza y poder que lo que normalmente se supone; cf. Marcus (1992).

configuraciones de la desigualdad en las sociedades premodernas. Las ideas, las representaciones, las leyes, las normas políticas, los discursos y sus respectivas formas de comunicación animaron los enfoques muy diferentes en la asignación desigual de los recursos que se puede discernir a lo largo de miríadas de sociedades. Desde esta perspectiva, las aproximaciones a las desigualdades antiguas que se han centrado principal y a menudo exclusivamente en el plano económico han pasado por alto precisamente lo que condujo a que las comunidades alcanzaran a tener jerarquías y organizaciones sociales y políticas tan radicalmente diferentes.

En su libro reciente, *The Dawn of Everything*, David Graeber y David Wengrow (2021) deconstruyen la narrativa tradicional y altamente teleológica de la historia premoderna de la transición de sociedades cazadoras-recolectoras a sociedades agrarias y la concomitante fijación de las sociedades en un camino único hacia una desigualdad siempre creciente. En su lugar, mediante una serie de estudios de caso los autores ilustran cómo las sociedades se involucraron en animados debates sobre sus recursos y su distribución y frecuentemente experimentaron con formas alternativas de asignación y organización, algunas más jerárquicas que otras. Los historiadores de la antigüedad están acostumbrados a suponer que la desigualdad extrema es una característica de las sociedades que estudian, por una buena razón: las jerarquías vertiginosas del amo sobre el esclavo, el hombre sobre la mujer, el terrateniente sobre el trabajador dependiente y las élites políticas sobre sus súbditos son tan omnipresentes que parecen ineludibles.

Por ende, es importante recordar que no lo eran. La “ideología mediana” griega arcaica sentó las bases para el desarrollo de comunidades de varones libres e iguales políticamente, un marco de ciudadanía que ejerció una enorme influencia en todo el Mediterráneo y que incluso siguió siendo atractiva en sus formas más atenuadas (Morris, 2000: 109-154). El discurso cristiano de los “pobres” impuso a los “ricos” la obligación de reasignar los recursos, aunque fuera modestamente, aun cuando al mismo tiempo afianzara las jerarquías sociales tradicionales (Brown, 2014). Los primeros musulmanes también innovaron con sistemas complejos de tributación caritativa diseñados para mitigar al menos algunos de los efectos más brutales de los antiguos regímenes de desigualdad (Sijpesteijn, 2014). Los zoroastrianos iraníes llegaron

a concebir un mundo igualitario sin las disparidades que surgen del control de propiedades y la posesión de mujeres, en un régimen idealizado de reparto comunal de mujeres y propiedades, lo que Patricia Crone (1994) llamó “comunismo zoroastriano”, ideología que ejerció un poderoso atractivo en Oriente Medio aun siglos después de la desaparición del orden político zoroastriano iraní (Crone, 2012). Aquí debemos recordar otro argumento del último David Graeber (2011): las llamadas religiones de la Edad Axial fueron respuestas a la intensificación de la desigualdad y la explotación características de la Edad del Hierro⁵. Es ciertamente más fácil enumerar discursos e ideologías que reforzaron las desigualdades y, de diversos modos y dentro de contextos específicos, estas visiones de la igualdad incluyen dentro de sus términos elementos que podían aumentar la desigualdad, y en ocasiones así lo hicieron. Pero sirven como recordatorios de que los desiguales paisajes del mundo antiguo eran mucho más dinámicos y cambiantes que lo que suelen parecer. Es esa interacción entre los discursos e ideologías y los hechos obstinados, a menudo brutales, de la antigua economía agraria y sus modos de explotación lo que, proponemos aquí, los historiadores de la desigualdad podrían intentar recuperar productivamente.

Esta fue la agenda que los organizadores establecieron para los participantes del coloquio en el que se basa el presente volumen: *Desigualdades antiguas: economía, cultura y sociedad en el Oriente Medio y el Mediterráneo*. Al adoptar el marco analítico de la desigualdad, buscamos expresamente tomar parte en los diálogos comparativos más amplios dentro de las ciencias sociales, especialmente después de la crisis financiera de 2008, encarnada en el trabajo de Thomas Piketty⁶. Existe una oportunidad en el estudio de las antiguas desigualdades para construir al menos dos puentes a través de dominios académicos típicamente aislados entre sí. La primera se halla dentro de la historia económica. La erudición marxista ha

5 Ver ahora el compromiso crítico con los argumentos de Graeber en Weisweiler (en prensa).

6 E.g. Campagno, Gallego & García Mac Gaw (2017) y Koedijk & Morley (2022), volúmenes originados en coloquios que han puesto en discusión los aportes de Thomas Piketty en función de los problemas del mundo antiguo, eventos celebrados, respectivamente, en el Museo Roca: Instituto de Investigaciones Históricas con el auspicio de la Universidad de Buenos Aires (6-7 de agosto de 2015) y en la Freie Universität Berlin (9-10 de abril de 2018).

puesto en primer plano y de manera consistente las cuestiones de la desigualdad, por razones obvias, aunque como una voz menor, a veces incluso marginal, dentro de la historiografía anglófona. Ha sido mucho más prominente en la historiografía española, y la tradición especialmente sólida en Argentina en particular inspiró la decisión de organizar la conversación en Buenos Aires. Los historiadores económicos neoclásicos no se han concentrado tradicionalmente en cuestiones de estratificación o explotación, pero el trabajo de Piketty, enmarcado dentro de los términos de la economía neoclásica, ha estimulado un resurgimiento del interés por la desigualdad. Además, el surgimiento de la Nueva Economía Institucional dentro de la historia antigua anglófona ha llevado a los historiadores de la economía antigua a prestar más atención a las dimensiones sociales, políticas y culturales que se articulan con la economía, dentro del marco neoclásico⁷. Al convocar a los historiadores económicos que trabajan dentro de estas tradiciones separadas, el coloquio alentó a los profesionales a aprender de los métodos y las contribuciones de los demás, no con el objetivo del consenso, sino con el objetivo del progreso historiográfico.

El segundo puente gira en torno a los enfoques económicos y culturales de la desigualdad. En términos generales, los historiadores de la economía antigua, tanto marxistas como neoclásicos, han tendido a descuidar en su trabajo las cuestiones culturales e incluso las sociales y políticas, al menos hasta hace poco. Hay excepciones, entre ellas el historiador marxista inglés del mundo antiguo más influyente en el siglo XX, G. E. M. de Ste. Croix⁸. Idénticamente, los historiadores culturales y sociales –la Nueva Historia Cultural en sus diversas expresiones– han tendido a descuidar las cuestiones económicas, al menos hasta hace poco tiempo. El diálogo más amplio dentro de las ciencias sociales sugiere que tender puentes entre estos dominios puede contribuir sustancialmente al estudio de las desigualdades. Si el libro inicial de 2013 de Piketty adoptó un enfoque puramente económico casi en su totalidad, su sucesor de 2019, *Capital et Idéologie*, se centró, como sugiere el título, en el papel de la cultura en el mantenimiento de regímenes desiguales. El trabajo de Piketty (2019) no es ni

7 Para un ejemplo particularmente exitoso e influyente, ver Bresson (2016).

8 Ver, por ejemplo, los enfoques presentes en sus libros: Ste. Croix (1972; 1981; 2004).

normativo ni un conjunto de herramientas especialmente útil para los historiadores de la antigüedad, sino más bien una referencia para los paisajes cambiantes en el estudio de la desigualdad en las ciencias sociales.

Un puñado de útiles puntos de partida merece destacarse. El abordaje comparativo de la oligarquía de Jeffrey Winters (2011) enfatiza la necesidad de que los económicamente dominantes, los “oligarcas”, participen en lo que denomina “defensa de la riqueza”, legitimando sus pretensiones de dominación y preservando sus posiciones a través de instituciones políticas. El autor coloca a los oligarcas en un papel activo, en constante necesidad de hacer proclamas y reforzar posiciones, en lugar de los *fainéants* terratenientes de los relatos tradicionales. De manera similar, Rachel Sherman (2017) revela en *Uneasy Street* las ansiedades ideológicas de los económicamente dominantes, su conciencia de las disparidades iniciales que los benefician y su necesidad de justificar discursivamente sus posiciones. Elizabeth Currid-Halkett (2017) demuestra cómo los patrones de consumo en la cultura material desempeñan un papel en las estrategias elitistas de legitimación de la riqueza, ya que el acceso a objetos y prácticas exclusivos sirve para constituir identidades éticas, no simplemente un consumo conspicuo. Estas visiones de arriba hacia abajo son útiles para los historiadores del mundo antiguo, que dependen casi exclusivamente de textos y una cultura material procedentes de las élites. Pero también hay trabajos recientes que inspiran a los historiadores a descubrir las respuestas de abajo hacia arriba a los regímenes desiguales. Durante mucho tiempo, *Weapons of the Weak* de James Scott (1985) ha servido como punto de partida para los historiadores que estudian las poblaciones explotadas de cualquier época; en su libro más reciente, *The Art of Not Being Governed*, Scott (2009) invita a los investigadores a prestar mayor atención a las formas culturales de resistencia y los espacios geográficos en los que las comunidades de trabajadores podían escapar del alcance de los dominadores. Estos estudios y muchos otros ilustran sobre la fecundidad de los intercambios con otros campos de los recientes estudios sociales de las desigualdades y entre los historiadores de la antigüedad, sin exigirles que adopten o adhieran a una teoría o método en particular.

No obstante, es importante que las historias culturales de la desigualdad no se desvinculen de los fundamentos materiales y económicos de los regímenes de jerarquía. Tales tendencias son a menudo evidentes en obras que adoptan lo que podría decirse que es el marco interpretativo más popular en las actuales historias culturales y sociales premodernas de la desigualdad: el concepto de capital cultural de Pierre Bourdieu (1979). La frase capta perfectamente el contenido de su teoría sociológica: las prácticas, los objetos y los fenómenos inmateriales constituyen una forma de “capital” del que los actores sociales pueden disponer para mantener o mejorar sus posiciones con la misma facilidad e importancia que las formas materiales de capital. El marco ha producido enormes dividendos en la investigación histórica, al llamar la atención sobre la importancia del discurso y la práctica cultural en la configuración de las relaciones sociales. Y, sin embargo, centrarse en el capital cultural a expensas del capital material puede tener efectos distorsionadores. Como ha argumentado recientemente el sociólogo Dylan Riley (2017), no es accidental que este marco ganara popularidad sobre todo entre los académicos estadounidenses en la década neoliberal de 1990, armándolos con la ilusión de que el poder puramente simbólico podía sustituir al poder económico que se les escapaba. La crítica más detallada de su concepto de capital es más un asunto de sociólogos que de historiadores de la antigüedad. Pero la idea explícita, e incluso evidente por sí misma, que hay que recordar es que el capital inmaterial solo es relevante históricamente en términos de su relación con el capital material. Esto forma parte de un sentido común que es conocido incluso por los esclavos y los campesinos antiguos. Sin embargo, se olvida con demasiada facilidad en los relatos histórico-culturales anglófonos. En este punto resulta relevante para los historiadores del mundo antiguo la reciente crítica de Vivek Chibber (2022) a los enfoques “culturalistas” en la historia y las ciencias sociales. El autor argumenta que la insistencia del giro cultural en la primacía de los factores inmateriales sobre los materiales para determinar los límites de la acción humana, tanto individual como colectiva, distorsiona en esencia las historias y las realidades sociales. Para los historiadores antiguos, el asunto es obvio: los esclavos y los campesinos antiguos encontraban que los límites eran ante todo materiales. Como argumentan las contribuciones de este volumen,

recuperar el *Spielraum* cultural al alcance de los explotados es una tarea urgente para el análisis de la Antigüedad. Las nuevas historias que escribimos para hacerlo solo pueden tener sentido si, a la vez, continuamos destacando los límites materiales (cadenas, contratos y garrotes, entre innumerables otros) con los que los individuos y las comunidades tuvieron que lidiar.

En su diversidad, todas las contribuciones del volumen responden a la invitación a considerar la relación entre economías, culturas y sociedades en el mundo antiguo, en el marco de los diálogos recientes en las ciencias sociales. Adrede, los organizadores y editores han cultivado una polifonía académica, evitando un modelo teórico único. El punto en común es el esfuerzo por dar dinamismo a la historia de las desigualdades antiguas. Las líneas siguientes proveen un resumen de las secciones y los capítulos, una orientación al volumen como un todo.

La primera parte agrupa los capítulos que abordan distintos aspectos de la conformación de las élites, con particular atención a las prácticas sociales y/o las representaciones simbólicas inherentes a las diversas situaciones estudiadas. Marcelo Campagno analiza la construcción de un grupo dominante en el Antiguo Egipto en los milenios IV y III a.C. El fortalecimiento de la solidez interna gracias a la capacidad cohesiva del parentesco y el desarrollo del clientelismo están relacionados con la consolidación de esta élite en el ejercicio del monopolio de la coerción a la escala de la unidad estatal que se estaba construyendo, cuya lógica expansiva generó la articulación de espacios sociopolíticos más amplios. Lo más importante para pensar la construcción de esta élite, señala el autor, radica no solo en la particularidad de cada una de estas lógicas sino también en sus acoplamientos e intersecciones: es en el modo de articulación entre estas racionalidades coexistentes donde radica la especificidad de la élite que dominó el valle del río Nilo durante el período indicado, y que incluso se puede apreciar mucho tiempo después.

Diego Paiaro y Mariano Requena destacan un proceso que hasta cierto punto contrasta con el anterior: la imposibilidad de la élite ateniense de convertirse en un grupo dominante con respecto al resto de los ciudadanos. Si bien las diferencias de riqueza y la existencia de un sector privilegiado son innegables, al menos desde el punto de vista económico, este grupo no logró desarrollar

mecanismos estables que equipararan su superioridad económica con una superioridad política que lo convirtiera en una clase dominante respecto de los dominados. Aun cuando la mayoría de los líderes políticos procediera de la élite, su situación estaba sujeta a la necesidad de atender las demandas del *dêmos*, con los riesgos que ello implicaba. En este sentido, el liderazgo político en Atenas muestra en varios aspectos patrones que se asimilan a los descritos por los antropólogos para las llamadas sociedades “primitivas”. Así, la comunidad de ciudadanos se puede pensar como una “comunidad indivisa” en la que prevalecía un principio igualitario cuya lógica consistía en preservar dicha indivisibilidad e inhibir el desarrollo de poderes coercitivos, lo cual no significa que no hubiera diferencias jerárquicas entre los ciudadanos.

El análisis de Claudia Beltrão invita a trasladarse de los funcionamientos sociales a las representaciones simbólicas, a partir del examen de la propuesta de Cicerón acerca de un noble sabio capaz de combinar la búsqueda de la sabiduría y la verdad con un sólido compromiso político conservador. Cicerón desprecia a dos grandes colectivos: la multitud romana, punto en el que sigue el elitismo filosófico de sus antecesores griegos, y el conjunto de autores cuyos libros resultan repetitivos, dogmáticos, moralmente inferiores e inútiles. Propone, en cambio, reclutar a un selecto grupo de personajes muy dotados, no dogmáticos y con una vasta educación, capaz de expresarse en refinados discursos, generando así intelectualmente una serie de desigualdades. El deseo manifiesto es recrear la *libera res publica* a partir de una pequeña élite ilustrada de nobles filosóficamente educados. Se trata, pues, de un pensamiento cívico que pretende alejarse de lo que considera inferior y que procura un remedio para los círculos “hedonistas” y egoístas de los seguidores de Epicuro, que no solo no satisfacen el ideal de nobleza ni los criterios ciceronianos de rigor teórico sino que, además, resultan maestros seductores para la gente sin educación y, sobre todo, pensadores peligrosos para la juventud de la élite romana.

Abocado a la historia romana inmediatamente posterior (siglos I-II d.C.), John Weisweiler también estudia la creación de desigualdades, o mejor sería decir la consolidación, pero en el terreno de la dinámica sociopolítica, analizando la transformación del senado romano de una asamblea de terratenientes italianos en un grupo

multirregional. A menudo, la admisión de miles de provinciales en la élite gobernante se toma como evidencia de la integración exitosa de poblaciones subordinadas. Pero el senado no fue una institución inclusiva; la gran mayoría de los senadores no italianos provenía solo de cuatro provincias sobre más de treinta (Bética, Narbonense, África y Asia), cuyas élites, con estrechos vínculos con Italia desde el siglo II a.C., adquirieron en el período estudiado una enorme riqueza mediante la depredación, las inversiones en agricultura intensiva en capital y la capacidad para explotar las redes de suministro estatal para su propio beneficio. El fuerte aumento del número de senadores provinciales no fue el resultado de la participación a gran escala de los grupos conquistados en la administración imperial, sino de las nuevas oportunidades de acumulación y explotación de riqueza generadas por el imperialismo romano. Y la misma situación se colige en cuanto al papel de los cargos imperiales para la integración de las poblaciones sometidas: puesto que la mayor parte del imperio apenas proporcionó senadores, es improbable que el nombramiento de terratenientes provinciales en altos cargos fuera un factor clave para fomentar la lealtad al sistema imperial.

La preocupación por las élites en los textos que acabamos de comentar procede de una mirada de arriba hacia abajo; esto no significa, por supuesto, desconocer los lugares y las funciones de las clases subordinadas. Se trata de una cuestión de énfasis en el papel dirigente de ciertos sectores con el fin de comprender la dinámica de la dominación, o sus pretensiones al respecto, y los modos en que inciden reforzando la desigualdad. Poniendo el acento en el punto de partida inverso, de abajo hacia arriba, los capítulos que componen la segunda sección tienen como eje en común el estudio de formas de dependencia, atendiendo en particular a la esclavitud en relación con la delimitación de los diferentes estatus. Las fuentes legales son un reservorio importante para poder acceder a esta serie de cuestiones, pero también es vital el examen de las mismas a partir de renovados enfoques económicos, jurídicos, culturales y sociales.

Andrea Seri analiza las colecciones legales paleobabilónicas indagando la clasificación de las personas en independientes, dependientes y esclavas, según parámetros legales o jurídicos. Las fuentes legales muestran atisbos de desigualdad social, eco-

nómica, de edad y de género, pero nada en relación con lo que denominaríamos grupos étnicos. La información que se obtiene no permite contrastar con claridad la correlación entre estatus legal y socioeconómico, aunque se perciben disparidades económicas dentro de cada grupo: había independientes ricos, pobres y empobrecidos; los dependientes y los esclavos podían en ocasiones poseer propiedades. También se mencionan profesiones pero sin especificar grupos de pertenencia. Por otra parte, existían formas de movilidad de un estatus a otro a través de la unión de esclavas con sus amos, cuyos hijos nacían libres y podían heredar, o de mujeres independientes con esclavos de palacio o dependientes, con posibilidades de acumular posesiones. Las personas con títulos profesionales aparecen cuando interactúan, se benefician o dañan a otras personas dentro de un grupo determinado, resultando evidente que las penas dependían de la inclusión en una u otra de las categorías. Las decisiones judiciales se basaban, pues, en el estatus de quienes incurrían en un delito, así como en los tipos de faltas cometidas, revelándose la desigualdad a través de las sanciones diferenciales aplicadas para la misma infracción. Aun cuando no se pueda resolver varios enigmas, las colecciones de leyes dejan en claro que justicia significa desigualdad.

El texto de Carlos G. García Mac Gaw nos lleva de los enfoques legales de las formas de dependencia a los socioeconómicos, buscando determinar, a la vez, el lugar de la esclavitud en los dos últimos siglos de la República romana y la persistencia de la unidad campesina, una parte de cuyos excedentes parece haberse dirigido a los mercados urbanos. Desde el final de la Segunda Guerra Púnica se verifica en regiones de Italia un aumento de granjas campesinas ricas y haciendas terratenientes, ambas orientadas a producir vino y fabricar ánforas, utilizando para ello mano de obra servil. La demanda de esclavos también se vio impulsada por el uso doméstico por parte de las élites romanas, así como por el desarrollo urbanístico que implicó un incremento del comercio y los servicios, con esclavos y libertos trabajando en este sector de la economía y muchos de ellos empleados en el nivel gerencial, ampliando la estratificación social. En este contexto, prosperaron las grandes propiedades y las *villae* basadas en una fuerza de trabajo compuesta por esclavos y libres (arrendatarios y jornaleros); algunas se encaminaron a producir para abastecer la demanda ur-

ba y el consumo de lujo, mientras que otras fueron la expresión del crecimiento de la riqueza de las élites. La difusión del modelo sociopolítico romano se ligó a la expansión de las ciudades, donde las élites residían y desde donde el territorio se administraba. Esto tuvo consecuencias comerciales, pero el proceso dinámico no estuvo centrado en un sistema de acumulación de capital sino en uno de circulación de rentas y tributos.

Al igual que el primer capítulo de esta sección, Nicole J. Giannela también aborda las diferentes formas de clasificación de los esclavos pero más allá del estatus legal, para lo cual considera diversos indicios sociales, económicos y morales ligados a la reputación. Por ejemplo, el trato diferente de Ulpiano a los esclavos en las acciones por ultraje y por corrupción se puede leer de varios modos: en primer lugar, las acciones tienen distintos propósitos pero por lo general se relacionan con perjuicios intangibles, como la personalidad o el carácter, más que con daños físicos; en segundo lugar, la acción por corrupción de un esclavo es particular de los esclavos, mientras que la acción por ultraje es predominantemente una acción por ofensas contra ciudadanos libres extendida a algunos esclavos. Los esclavos normalmente implicados en la acción por corrupción eran sobre todo esclavos de élite, valorados así por su intelecto y carácter, que podían ser tratados de manera unificada porque en la práctica los casos se presentaban generalmente cuando las víctimas eran esclavos reputados. Pero, como tales, las jerarquizaciones sociales entre esclavos no son para nosotros fácilmente legibles. Las acciones contra esclavos proveen un punto de partida para percibir estas desigualdades legales, en las que el lenguaje del honor y la reputación ayudan a comprender la línea divisoria entre diferentes esclavos.

Damián Fernández aborda cuestiones ligadas a las del capítulo previo, pero en la Hispania visigoda: la existencia de una categoría especial de esclavos que recibió en la ley un trato diferenciado en función de su reputación personal, sin ninguna indicación de su ocupación o el estatus de sus dueños, lo cual equiparaba a estos esclavos con la población libre de alto nivel social habilitando su reconocimiento en la vida pública del reino. Más que una jerarquía social continua desde los pobres no libres a los ricos libres, las leyes conciben una sociedad atravesada por múltiples criterios que se activaban según situaciones concretas, siempre dentro de

las jerarquías sociales y políticas existentes, para lo cual el enfoque socioeconómico solo proporciona una visión a medias. Las diferencias se institucionalizaban en el ámbito judicial cuando ciertos esclavos eran reconocidos y distinguidos de los demás y tratados a veces como si fueran libres. El juez tenía el poder de negar o de convertir los reclamos de respetabilidad en estatus social con sanción legal. Así, la práctica jurídica no es un mero reflejo de una “realidad material” preexistente sino un mecanismo generador y reproductor de jerarquías; pero el salto de las jerarquías económicas a las jurídicas o forenses es más complicado que lo que parece a primera vista. Las leyes sobre esclavos idóneos constituyen una minoría y muestran más una tendencia que un hecho social establecido, pero introducen un llamado a la cautela en el uso de la prueba jurídica para estudiar la evolución de la desigualdad económica en la época posromana.

El recorrido de las dos secciones previas nos ha llevado de un extremo al otro del ámbito espacial y el límite temporal concebidos para esta empresa colectiva. De Egipto y Mesopotamia entre el IV y el II milenios a.C. nos transportamos a la Hispania visigoda entre los siglos VI y VIII d.C., incluyendo en el itinerario a la Atenas democrática y la Roma tardo-republicana y alto-imperial. A la par, transitamos del examen de las élites, sus prácticas sociales y simbolizaciones de la realidad, al de los estatus dependientes y, sobre todo, la esclavitud. Cada contribución ha propuesto o esbozado un modelo u otro de aproximación al objeto de estudio. En esta senda, la tercera parte reúne capítulos que plantean, deducen o exploran, de distintas formas y a diferentes niveles, modelos de análisis para el mundo antiguo, a partir ya sea de la observación de las formas de organización, las dinámicas y/o los patrones inherentes a las situaciones indagadas, ya sea de la aplicación de enfoques producidos en el campo de otras disciplinas sociales.

Juan Manuel Tebes propone que en el primer milenio a.C. las vastas áreas que comprenden el Negev, el sur de Transjordania y el desierto sirio-arábigo compartían realidades sociales similares, estaban económicamente muy integradas y, en muchos aspectos, constituían una sola provincia cultural, a pesar de estar formada por regiones de geografía diversa y habitada por pueblos de origen étnico variado. El surgimiento de la complejidad social se puede atribuir al ímpetu proporcionado por las intervenciones militares

de las potencias imperiales mesopotámicas y la creciente demanda de bienes exóticos por parte de las metrópolis del Creciente Fértil. Si bien la influencia externa jugó un papel significativo en la configuración política de las sociedades locales, el crecimiento urbano en las ciudades-oasis del norte de Arabia durante el II milenio a.C. muestra un lento proceso de aumento de la complejidad social –o que al menos es reconocible arqueológicamente–, que alcanzaría su apogeo cuando Asiria, Babilonia y Persia pusieron el foco en los reyes, reinas y jeques locales. Pero el nivel de desarrollo sociopolítico local no debe exagerarse, en la medida en que las fuentes escritas de las potencias imperiales mesopotámicas –en especial las neosirias– estaban completamente interesadas en transformar los actos de sumisión de los pequeños jefes tribales árabes (básicamente, tributación y entrega de regalos) en el reconocimiento de su soberanía imperial sobre “todos los reyes de Arabia”, cuyos modelos de organización social estaban articulados por el parentesco como lenguaje de asociación, ciertos patrones de asentamiento y el principio fundamental de la segmentación.

Por su parte, Carolina López-Ruiz destaca la oportunidad que ofrece el estudio del modelo “orientalizante” para entender las interacciones anteriores a las expansiones imperiales de Cartago y Roma que redibujaron el mapa del Mediterráneo, y antes de que la idea de “choque de civilizaciones” fragmentara la visión de un mar interconectado. El arraigo del fenómeno en un lugar y no en otro debe buscarse en las trayectorias locales, así como en las complejas respuestas al encuentro con las redes comerciales y coloniales fenicias. Esto abre la posibilidad de explorar, especialmente en el caso de áreas donde el cambio no ocurrió, si fueron requisitos previos la existencia de un sustrato de cierto nivel tecnológico o el desarrollo de ciertas artesanías e industrias que podían modificarse fácilmente. Pero también se comprueba que en las regiones donde surgió una fuerte cultura orientalizante ya existían sociedades bien organizadas, con control de territorios y recursos, donde poderosas élites tomaron las riendas del proceso para promover su propia imagen y prestigio, cambios que a su vez contribuyeron al desarrollo más amplio de la economía local. Por ende, para que el modelo orientalizante se afincara debieron concurrir en el plano económico las prioridades de los colonos o comerciantes levantinos y la complejidad y potencialidad de las